

LOS JUEGOS DE PODER DETRÁS DE LA MODERNIZACIÓN CAPITALINA: BOGOTÁ, 1946-1948*

Adriana María Suárez Mayorga
Magíster en Historia
Universidad Nacional de Colombia

Resumen

El presente artículo tiene como propósito cardinal efectuar algunas consideraciones acerca de los cambios experimentados en la administración bogotana durante el período que va de 1946 a 1948, intentando con ello descubrir cuál fue la *lógica del poder* que permeó las decisiones tomadas en relación con el ordenamiento espacial capitalino. En procura de alcanzar este fin, se profundizará en la actuación de los dos organismos más importantes en la definición de las obras urbanas que se emprenderían en la urbe —el Consejo Municipal y la Alcaldía—, tomando como punto de partida la crisis que desencadenó en el Municipio la renuncia del entonces burgomaestre, Fernando Mazuera Villegas. Este análisis además permitirá mostrar hasta dónde la urgencia por reconstruir el área central de la capital a raíz de los sucesos del *Bogotazo* fue liderada por una élite capitalina que, además de ocupar los cargos que determinaban el rumbo de la ciudad en materia urbanística, era la misma que integraba las juntas directivas de las firmas urbanizadoras.

Palabras clave: Bogotá, ordenamiento urbano, modernización urbana, administración pública, Fernando Mazuera Villegas, Jorge Eliécer Gaitán.

Abstract

This paper examines the changes that took place in the city administration of Bogota during the years 1946-1948, with the aim to uncover the logic of power underlying the decisions taken in that period regarding the space reordering of Colombia capital city. Special attention is given to the actions of the Town Council and the Town Hall, the two institutions that played the most decisive role in determining the public works to be undertaken in the city. Our starting point is the crisis triggered in the city administration by the resignation of the mayor Fernando Mazuera Villegas. This analysis also allows us to show to what extent the urgent claim for reconstructing the downtown area after the *Bogotazo* riots was pressed by a Bogota elite which, in addition to holding crucial posts in the city-planning, formed the boards of directors of the developer companies.

Key words: Bogotá, Urban reordering, Urban Modernization, Public administration, Fernando Mazuera Villegas, Jorge Eliécer Gaitán.

La apacible y romántica ciudad santafereña que yacía aletargada a la orilla desus cerros, bajo la densa capa nostálgica de la bruma, ha despertado como de un ensueño. Por todas sus arterias se ve correr hoy día el progreso. Se siente por las calles, por las amplias avenidas que empiezan a surgir, como una conmoción, como un sacudimiento que forma parte de la nueva atmósfera en que se desenvuelve Bogotá. Ya la capital ha dejado su estampa de villa, o aún de simple ciudad, para convertirse en gran metrópoli.

José Nieto. “*La transformación de Bogotá*”.¹

La mayor parte de la historiografía colombiana contemporánea coincide en señalar que el desarrollo que experimentó Bogotá a partir de la década del cincuenta de la centuria pasada (la mal llamada “modernización de la ciudad”)² tiene su génesis en los cambios ocurridos en el espacio capitalino a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.³ Tales estudios generalmente se han distinguido por subrayar únicamente dos aspectos de ese proceso: el *elemento físico*, priorizando de esta manera las variaciones sufridas en la traza o en la arquitectura; y el *contexto histórico*, privilegiando así los factores económicos, políticos y sociales (raramente aunados) que permearon dicha situación.⁴

Teniendo en cuenta esta fragmentación –pero, al mismo tiempo, intentado dar un paso hacia adelante con el fin de empezar a superarla–, el objetivo cardinal del presente artículo es examinar de qué manera la crisis sociopolítica que atravesó el país a finales de los años cuarenta repercutió en las decisiones tomadas en relación con el ordenamiento urbano bogotano. Es innegable, sin embargo, que la complejidad del tema merece una disquisición mucho más amplia de la que se suministrará en las páginas que siguen, razón por la cual el énfasis de la exposición recaerá sobre la actuación de los dos organismos, a mi juicio, más importantes en la definición (y posterior ejecución) de las obras que se emprenderían durante este período en la urbe: la Alcaldía y el Concejo Municipal.

Tal propósito posee además una motivación ulterior: efectuar algunas consideraciones acerca de las transformaciones percibidas en el seno de la administración pública durante el lapso comprendido entre 1946 y 1948, procurando con

¹Nieto, José, “La transformación de Bogotá”, *Registro Municipal* 361 a 366 (Bogotá, 31 mar. 1948): 118.

²“Mal llamada” porque se ha demostrado que la modernización de Bogotá se produjo entre 1910 y 1950. Véase: Adriana María Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos: Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político; Bogotá, 1910-1950* (Bogotá: Editorial Guadalupe, 2006).

³Germán Mejía Pavony afirma que en la actualidad se están efectuando estudios que tienden a desvirtuar este planteamiento, pero no conozco ninguna publicación o documento inédito al respecto.

⁴La bibliografía sobre el tema es demasiado extensa, así que, con el fin de evitar caer en críticas que no vienen al caso, no se mencionarán textos complementarios a los que se citarán a lo largo del artículo.

ello formular un par de premisas con respecto a la *lógica del poder* desde la cual se concibió, se sancionó y, en algunos casos, pero no siempre, se puso en práctica una idea de *metrópoli*.⁵ En tal sentido, la hipótesis que se quiere comprobar es que en el transcurso de esos años la corporación municipal poco a poco fue perdiendo la potestad sobre las disposiciones aprobadas en materia urbanística, hecho que si bien no fue resultado directo del *Bogotazo*, sí se vio favorecido por él.

Las tesis de las cuales se parte para introducirse en el problema son fundamentalmente dos: la primera, que el proceso de modernización de la ciudad fue posible gracias al “desarrollo capitalista inequívoco” que caracterizó al siglo xx colombiano.⁶ Es así que, a pesar de los escollos que se debieron sortear en el camino, el país logró formar durante estos decenios un mercado interno considerable que le permitió ampliar tanto el intercambio regional como las transacciones con el comercio mundial, dinámica que estuvo acompañada –y en algunos casos, que fue estimulada– por una progresiva industrialización, una clara separación entre el campo y la ciudad, una disminución de las tasas de mortalidad a causa de los avances de la medicina moderna, un crecimiento en el gasto público –centralizado primordialmente por las capitales departamentales– y una naciente infraestructura que estaba dispuesta “al servicio de la acumulación de capital”.⁷

La segunda tesis de la que parte este artículo es que la violencia bipartidista que distinguió a esta época, además de engendrar el “régimen del terror” ampliamente conocido, también estimuló alteraciones importantes en la *città* que no se limitaron únicamente a su semblante edilicio; es por esto que factores como la llegada masiva de inmigrantes desplazados de las zonas en conflicto, la paulatina proliferación de asentamientos ilegales que sometían a sus moradores a condiciones infrahumanas, el endeudamiento del erario estatal a causa de la contratación de empréstitos con compañías extranjeras y, especialmente, las labores adelantadas para dotar a la urbe de una imagen acorde con los parámetros internacionales modernos, deben ser comprendidos, sin excepción, como componentes de un mismo devenir.⁸

⁵ La utilización de este término no es arbitraria, pues sólo se puede hablar de metrópoli cuando existe un sólido proceso de modernización del espacio urbano.

⁶ Salomón Kalmanovitz, *Economía y nación: Una breve historia de Colombia* (Bogotá: Siglo XXI/CINEP/ Universidad Nacional de Colombia, 1984) 233.

⁷ Kalmanovitz 236. La incorporación de un análisis detallado de cada uno de los elementos de tipo económico que estructuraron dicho desarrollo daría lugar a un artículo diferente, razón por la cual aquí sólo se mencionan algunos de los factores más importantes. No obstante, es pertinente señalar que la relación economía capitalista-modernización urbana ha sido exhaustivamente estudiada por la historiografía mundial en el transcurso de las cuatro últimas décadas, siendo especialmente interesantes los trabajos realizados para el medio latinoamericano por Hardoy, Schaendel, Morse y Castells. Véase, por ejemplo: Jorge Enrique Hardoy y Richard P. Schaendel, eds., *El proceso de urbanización en América Latina desde sus orígenes hasta nuestros días* (Argentina: Editorial del Instituto, 1969); y Manuel Castells, ed., *Imperialismo y urbanización en América Latina* (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1973).

⁸ No es una casualidad, por ende, que la Ley 88 de 1947 estipulara que las ciudades colombianas con mayor población debían llevar a cabo un *plan regulador* tendiente a analizar y planificar su

En el aspecto metodológico, finalmente, la argumentación mantendrá la siguiente estructura: primero, se examinará la crisis que desencadenó en la administración local la dimisión del entonces alcalde de la ciudad, Fernando Mazuera Villegas, para comenzar a dilucidar –al menos de manera somera– los juegos de poder que se entretijeron alrededor de la conformación de un espacio físico afín a las exigencias propias de la modernidad.

En segunda instancia, se profundizará en las paradojas que nutrieron el antagonismo tradición-progreso que caracterizó a la modernización bogotana, tomando como punto de partida las polémicas generadas en torno a la puesta en marcha de los proyectos previstos para la celebración de la IX Conferencia Panamericana (IXCIA).

Por último, se formularán brevemente algunas conclusiones con respecto a los efectos que tales acontecimientos generaron, *a posteriori*, en el proceder de las entidades municipales encargadas de regular el crecimiento urbano de la capital.

El estallido de la crisis⁹

El 1º de marzo de 1948 uno de los diarios capitalinos más prestigiosos registraba en su primera plana que en las próximas doce horas se produciría la renuncia del “mejor de los alcaldes” que hasta la fecha hubiese tenido Bogotá; la salida de Mazuera de la administración pública, según el redactor de la noticia, no sólo iba a generar “una crisis total en el Municipio”, sino que además “dejaba trunca una obra de lineamientos extraordinarios” que había sido proyectada en beneficio “del progreso urbano”.¹⁰

La comprensión adecuada de este episodio obliga a retroceder en el tiempo hasta los comicios presidenciales que le dieron el triunfo a Mariano Ospina Pérez, puesto que su victoria (reflejo, según los especialistas, de la división existente dentro del liberalismo), marcó un punto de inflexión en el ambiente político nacional al legitimar el surgimiento de un nuevo “caudillo popular”. En otros términos, fue la derrota de Jorge Eliécer Gaitán en las elecciones la

crecimiento físico. El corolario de esto fue, para el caso específico bogotano, la contratación de Le Corbusier para la realización del conocido *Plan Piloto*. Véase, entre muchos otros: Rodrigo Cortés, “De paso por la ciudad del Plan Piloto”, *Le Corbusier y Sudamérica: Viajes y proyectos*, por varios autores (Chile: Ediciones ARQ, 1991); y Alberto Saldarriaga, *Bogotá siglo XX: Urbanismo, arquitectura y vida urbana* (Bogotá: Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2000).

⁹ Antes de continuar es necesario advertir que la literatura sobre el tema se caracteriza por estar impregnada de opiniones a favor o en contra de la figura de Gaitán, así que aquí se utilizarán particularmente aquellos textos que evidencian una relación directa con los hechos del 9 de Abril, bien fuera porque se publicaron casi inmediatamente después de los sucesos, o bien porque sus autores conocieron personalmente al caudillo liberal. Esta escogencia, ciertamente arbitraria, obedece precisamente a esa intención de hacer tangibles las contradicciones entre ambas posiciones.

¹⁰ *El Tiempo* [Bogotá] 1 feb. 1948: 1. Los párrafos entre corchetes son textuales, pero se cambió el orden para hacer más fluida la redacción.

que curiosamente le permitió a este último ser aclamado como el jefe único del partido liberal.¹¹

En las semanas siguientes al triunfo ospinista la beligerancia de los discursos del “líder de la oposición” se intensificó; sus denuncias en contra de los dirigentes oficialistas se hicieron cada vez más punzantes, e incluso en una de ellas llegó a proponer la organización de una huelga general que rápidamente fue secundada por algunos de los gremios más importantes. El gobierno, por su parte, ante la perspectiva de una confrontación que parecía inminente, concentró sus esfuerzos en instituir mecanismos de defensa que comprendían, entre muchas otras cosas, facilitar el desplazamiento de ciertos miembros destacados de la oligarquía hacia el exterior.¹²

La reacción de Gaitán (aparentemente contraria a lo que ansiaba buena parte de las filas liberales) fue que, en vez de aprovechar el momento para generar un cambio en la estructura política dominante, desapareció; una de las versiones que explican el incidente sostiene que, luego de una búsqueda exhaustiva, “sus amigos lo hallaron en una clínica, donde se había hecho sacar el apéndice sin estar enfermo”, justamente en un momento de “efervescencia” nacional, “cuando una palabra suya hubiera desencadenado la esperada revuelta”.¹³ Esta anécdota (allende si fue cierta o no) es interesante no sólo porque permite apreciar el considerable liderazgo que el gaitanismo había alcanzado en el país, sino también porque ha sido frecuentemente utilizada por la historiografía sobre el tema para afirmar que, en adelante, las élites decimonónicas tendrían que aceptar (como lo afirma Pécaut) que había una nueva fuerza política en la escena pública.¹⁴

El pacto se rompe

En realidad, la exaltación de los ánimos que siguió al fracaso gaitanista fue fugaz. El día de su posesión, el 7 de agosto de 1946, Ospina propuso la creación de un gobierno de “Unión Nacional”, en el que se solicitaba la colaboración del

¹¹ La división de la que se habla responde a que el partido liberal se encontraba fragmentado entre gaitanistas y turbayistas en el momento de efectuarse las elecciones. Ver al respecto: Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953* (Bogotá: Norma, 2001) 411-546. La expresión *caudillo popular* pertenece a la legislación de la época.

¹² Véase, por ejemplo: José Antonio Osorio Lizarazo, *Gaitán: Vida, muerte y permanente presencia* (Bogotá: El Ancora, 1998) 277-281. Este autor asevera, por cierto, que Gaitán no estaba realmente dispuesto a llevar a cabo la huelga, así que la determinación de los trabajadores de la zona petrolera y de los choferes de entrar en paro lo tomó por sorpresa. Osorio Lizarazo 275.

¹³ Osorio Lizarazo 277. Igualmente se deben aceptar con cautela estas palabras porque, si bien es cierto que el autor conoció bastante bien al caudillo, también lo es que su relato está teñido de juicios sobre su personalidad. Es más, Osorio le critica que su ambición de poder le hubiera impedido distinguir quiénes eran en realidad sus amigos. Osorio Lizarazo 278- 281.

¹⁴ Pécaut 407-412. La constatación definitiva de esta idea se produce, como se verá más adelante, justamente cuando Mazuera sube a la Alcaldía por segunda ocasión.

grupo perdedor para la conformación del gabinete ministerial. La efusividad con la que en un primer momento la sociedad capitalina recibió la noticia, rápidamente se convirtió en un malestar colectivo. Los alcances de la alianza, ante las matanzas de campesinos, las persecuciones encarnizadas, o la censura imperante, forzosamente debieron ponerse en entredicho, tal como lo atestigua la documentación recopilada en el curso de esta investigación.¹⁵

En efecto, la ola de violencia que se extendió por el territorio patrio obligó a la dirigencia liberal a convocar a una Asamblea general en la que se iba a definir la continuidad del pacto. Las diferencias entre aquellas facciones que exigían el retiro inmediato de los integrantes del partido que se encontraban ejerciendo puestos estatales y aquellas otras que alegaban que con el rompimiento lo único que se lograría sería agravar aún más el conflicto, terminaron por resolverse en el plano electoral. El acuerdo al que se llegó radicó en emplear todas las estrategias que fueran pertinentes para conseguir la mayoría de los votos en los próximos comicios para diputados.

La obtención del ochenta por ciento de los escaños parlamentarios para el liberalismo fue, por ende, la gota que rebasó el vaso. La intensificación de los enfrentamientos entre los seguidores de ambos bandos —especialmente sentida en las zonas rurales— provocó que a finales de 1947 Jorge Eliécer Gaitán ordenara, con apoyo de las mayorías del Congreso, el retiro de todos los liberales que estuvieran participando en el oficialismo.

La ruptura definitiva entre los dos partidos tradicionales era así una realidad que, sin embargo, no correspondía por completo a los intereses de sus respectivos miembros; no en vano, la decisión del caudillo encontró ciertas reticencias entre sus *subordinados*, afirmación que se corrobora, como se verá a continuación, al examinar el proceso que antecedió a la salida de Fernando Mazuera del palacio municipal.¹⁶

El desenlace primigenio

El 2 de marzo de 1948 los periódicos transcribían la carta de renuncia que el día anterior el burgomaestre le había entregado al presidente;¹⁷ en ella, el empre-

¹⁵ Las fuentes examinadas dan una visión bastante negativa de dicha alianza, razón por la cual aquí prevalece esta interpretación. De hecho, las series estadísticas demuestran en el transcurso de un año el enfrentamiento bipartidista se recrudeció; ver: Pécaut 552.

¹⁶ Algunas fuentes explican estas divergencias aludiendo a que la decisión fue tomada exclusivamente por Gaitán; ver, en especial: Gonzalo Orrego Duque, *9 de abril fuera de Palacio* (Bogotá: Editorial Patria, 1949) 18.

¹⁷ La carta decía lo siguiente: “La decisión de la Asamblea de Parlamentarios liberales y de las directivas oficiales del liberalismo, de que no sigan colaborando los ciudadanos de este partido en los altos cargos de la administración pública, *me obliga* a presentar renuncia de mi cargo (...)”. Ver: *El Tiempo* [Bogotá] 3 mar. 1948: 19 (la cursiva es mía). Pese a que fue *forzado* a dimitir, es interesante mencionar que fue uno de los primeros liberales en acatar las órdenes.

sario manizaleño repetía constantemente que la determinación de dejar su cargo le había sido *impuesta* por una “demanda del partido”, argumentación que claramente ponía de manifiesto su escasa convicción frente a la “línea de conducta” que había asumido la dirección liberal.

Tal actitud no sorprende si se tienen en cuenta dos factores: el primero, los estrechos lazos que desde tiempo atrás se habían forjado entre los dos funcionarios y que ciertamente explican la llegada de Mazuera a la administración pública, pues su ingreso a la Alcaldía –como él mismo lo comenta en sus *Memorias*– fue producto de una llamada telefónica que le hizo a su “gran amigo” Roberto Urdaneta Arbeláez (quien entonces se desempeñaba como Ministro de Gobierno) con el deseo de que le sirviera de intermediario para ofrecerle a Ospina sus servicios como posible mandatario de la capital. El resultado de todo ello fue que a los tres días aquél recibió la notificación, en las inmediaciones del Jockey Club, del ofrecimiento oficial del cargo.¹⁸ El segundo factor, quizás más evidente, son las serias divergencias ideológicas que desde la confrontación electoral de 1945 se habían fraguado entre Mazuera (fehaciente partidario del ala turbayista del partido e, incluso, uno de los principales promotores de la campaña de Gabriel Turbay) y Jorge Eliécer Gaitán.¹⁹

Las consecuencias generadas a raíz de la renuncia del “mejor de los alcaldes” no se hicieron esperar. El tono del escrito, así como las manifestaciones de lealtad que comenzaron a organizarse en los distintos barrios de la urbe, crearon un ambiente favorable para que el presidente le pidiera al alcalde que reconsiderara su petición, aludiendo principalmente al espíritu civilizador que tradicionalmente había asumido la ciudad. Bogotá, de acuerdo con sus propias palabras, era “a través de la historia nacional –según la frase conocida, “la cabeza y el corazón de la República”– el símbolo viviente de la patria, la sede de la inteligencia nacional y el eje núcleo de la cultura y la civilización colombiana”, motivo por el cual cualquier decisión que afectara su funcionamiento repercutiría inmediatamente en el bienestar de toda la ciudadanía.²⁰

La interpelación de Ospina ocasionó que el asunto fuera sometido una vez más a consideración del líder de la oposición y de su “junta asesora”, quienes después de deliberar sobre el tema concluyeron que no se mostraban partidarios de que “el

¹⁸ Inclusive, en las distintas entrevistas que recoge Aprile en su libro, es frecuente encontrar una frase: “Todo fue un negocio entre Ospina y Mazuera”. Jacques Aprile-Gnisset, *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá* (Bogotá: Centro Cultura Jorge Eliécer Gaitán, 1983) 222. Fernando Mazuera tomó posesión del puesto el 6 de febrero de 1947. Véase: Fernando Mazuera Villegas, *Cuento mi vida* (Bogotá: Imprenta Canal Ramírez-Antares, 1972) 86-87.

¹⁹ Al respecto, Osorio asevera que después de la victoria de Ospina, Turbay partió para el exilio (dejando “acéfalo” a su movimiento) y Gaitán se dirigió al Teatro Municipal, donde pronunció una de sus frases célebres: “pueblo, por la reconquista del poder, ¡a la carga!”. Ver: Osorio Lizarazo 274-277.

²⁰ Carta de respuesta de Mariano Ospina a Fernando Mazuera. Ver: *El Tiempo* [Bogotá] 3 mar. 1948: 2. En cuanto a las manifestaciones en los barrios, véase: *El Tiempo* [Bogotá] 1 mar. 1948:11.

señor Mazuera” continuara en el cargo que se hallaba desempeñando. Las razones dadas iban desde la mención a las persecuciones que efectuaban en vastas zonas del territorio los agentes del conservatismo, hasta la responsabilidad que tenía la urbe de sacrificarse –como baluarte liberal que era– por el resto del país:

Nosotros sabemos que usted ha realizado una admirable labor, que por ella merece bien de la ciudad, y que su ausencia de la rama administrativa es lamentada y lamentable, pero estamos seguros de que no interpretaríamos con acierto la voluntad entrañada de la ciudad que no sólo es “cerebro y corazón de Colombia” sino la primera fortaleza liberal de la república, si aconsejáramos colocar los sentimientos de solidaridad humana, de respeto al derecho y a la equidad, en categoría inferior a sus necesidades urbanísticas.²¹

El argumento sobre el que la dirigencia liberal sustentaba su determinación era, sin lugar a dudas, categórico: las necesidades físicas de la incipiente metrópoli no podían anteponerse a las responsabilidades morales que los miembros del partido tenían con la nación; nada era más importante que la solidaridad con el pueblo y ninguna otra ciudad del territorio patrio podía simbolizar tal adhesión de forma más implacable que la capital.²²

La modernización impuesta²³

En análisis anteriores se ha comprobado que la modernización urbana bogotana (ocurrída primordialmente en el transcurso de la primera mitad del siglo xx) manifestó la existencia de una dualidad tradición-progreso que fue dirigida desde las altas esferas de la administración municipal.²⁴ Tal inferencia también permite explicar por qué las voces de esa *aparente* contradicción entre el deseo de recuperar el pasado perdido y la urgencia de renovar, de destruir todo aquello que recordara el atraso –o la “barbarie”, para emplear términos de la época– inherente a la herencia hispánica, se siguieron escuchando todavía en las postrimerías de los años cuarenta, es decir, precisamente al mismo tiempo que el Concejo avalaba la

²¹ *El Tiempo* [Bogotá] 3 mar. 1948: 15.

²² La respuesta de la dirigencia liberal hace recordar lo dicho por Ángel Rama a comienzos de la década de 1980; esto es, que la polis, para serlo verdaderamente, debe politizarse; debe convertirse en el centro de dominación de la nación arguyendo que sus conflictos son los del país, para así apropiarse de los nuevos elementos de la modernidad. Ver: Ángel Rama, *La ciudad letrada* (Hanover: Ediciones del Norte, 1984).

²³ Se entiende por modernización, siguiendo la definición de Berman, aquellos “procesos de corte material, político y social que dan origen a la vorágine de la vida moderna”. Véase: Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (Madrid: Siglo XXI, 2004) 2. En el caso concreto del presente artículo, el énfasis de esa modernización recaerá en cómo se plasmaron tales procesos en la grilla bogotana.

²⁴ Remitirse a Suárez Mayorga 37-85.

contratación de los servicios de conocidos especialistas del urbanismo internacional para encargarles la misión de convertir a la ciudad en una metrópoli moderna.²⁵

Un artículo escrito por Germán Arciniegas desde Nueva York para el periódico *El Tiempo* ponía sobre la mesa –a partir de una reflexión sobre los antiguos puentes capitalinos– cuáles eran los preceptos que cimentaban dicha discusión:

¿Por qué nadie habrá escrito la historia de los puentes de la Sabana? Esos puentes viejos, de ojos de piedra, no parecen hechos ni para que por entre sus ojos corran los brazos de aguas dormidas, ni para que por sus lomos sigan su curso normal las carreteras (...) Hay que ver lo que hacen ahora los ingenieros con los puentes viejos. Se llevan los ríos a otro lado, o los huecan en las alcantarillas, y quedan en seco los inútiles arcos de piedra (...) Ahí está Puente Aranda, en el año 30 resonaban en sus losas, a paso lento, los cascos del caballo de la muerte que cabalgaba melancólico el caballero Bolívar; y hoy el puente en seco está de centro de un carrousel de automóviles. Ahí está el Puente del Común, del común comunero, donde trabajaron como picapedreros los ingleses cogidos en Cartagena cuando los disparates del almirante Vernon: *hoy le vemos sus leyendas bien grabadas, en una cara y en la otra, avisos de brocha gorda de la O.K. y la campaña electoral (...). Pero de todos, el que está más cerca de mi corazón era el Puente Grande (...). Malditos sean los ingenieros que le quitaron sus viejas barandas de piedra, y las reemplazaron por unos ridículos pasamanos de cemento!*²⁶

La protesta estaba esencialmente dirigida a denunciar los atropellos que cotidianamente se cometían contra el patrimonio histórico del país, e incluso, contra la historia misma, entendida por el autor de la cita como una pieza fundamental en la conformación de la memoria de cualquier pueblo civilizado. Semejante reproche, por cierto, era consecuente con el discurso de una élite intelectual (a la que él mismo pertenecía) que consideraba que el progreso (y en este caso específico, la tecnificación) era un arma de doble filo.

En el extremo opuesto a esta postura se encontraba esa otra parte de la élite (también intelectual, pero enfocada sobre todo en adquirir y mantener una próspera posición económica) conformada por aquellos funcionarios, comerciantes y profesionales que efectuaban transacciones de tipo especulativo con bienes vinculados a los distintos rubros que Lefebvre englobaba bajo la noción de *hábitat* (servicios

²⁵ Tal contradicción es evidente en la medida en que representa una de las claves para entender las particularidades de la modernización capitalina. Como ya se anotó, la bibliografía acerca de la incidencia de los planes elaborados por Le Corbusier, Wiener y Sert para el medio colombiano es bastante numerosa y heterogénea en lo que concierne a la rigurosidad del análisis, motivo por el cual no me detendré en citarla.

²⁶ Germán Arciniegas, “Los puentes de la Sabana”, *El Tiempo* [Bogotá] 2 mar. 1948: 5 (la cursiva es mía).

públicos, bienes raíces, etc). Como se mostrará enseguida, Fernando Mazuera fue uno de los principales exponentes de este último grupo.²⁷

Un provinciano con ambiciones

Introducirse en la médula de los juegos de poder que se urdieron en la administración local a raíz de la celebración de la IX Conferencia Panamericana obliga a efectuar una acotación preliminar sobre los peldaños que tuvo que escalar el mencionado alcalde para acceder a los círculos (léase, en esencia, a los clubes) de la élite capitalina.

La intención no es enunciar la extensa lista de vicisitudes que debió pasar, sino evidenciar algunos aspectos de su vida que pueden ser útiles para proporcionar ciertas luces sobre una temática que, en mi opinión, hasta el momento ha sido poco estudiada por la historiografía colombiana; a saber, el ascenso social a las altas esferas políticas de individuos provenientes de las clases medias-bajas como consecuencia de una mixtura de ingredientes que van desde el azar y la *virtú* (ambos en el sentido maquiavélico del término) hasta la adquisición de una formación *letrada* congruente con los lineamientos fijados por “los *elegidos* encargados de recomponer los cánones de la urbe moderna”.²⁸

Empecemos, pues, por el principio. A la edad de quince años, tras haber resuelto abandonar sus estudios, Fernando Mazuera Villegas entró a trabajar en una compañía fosforera de Manizales donde recibía un sueldo de 12 pesos con el que pudo costearse clases de taquigrafía y mecanografía, habilidades que prontamente le permitieron conseguir un puesto en la sede que el Banco de Colombia tenía en Bogotá.²⁹ Una vez reunido el dinero necesario para emprender el camino a la capital y después de viajar durante cinco días, finalmente arribó –en la noche del 28 de febrero de 1922– a la estación del Ferrocarril de la Sabana, donde lo estaban esperando su hermano Leonidas y su tío, Mariano Villegas Restrepo. La pensión

²⁷ El análisis que hizo este autor de los proyectos del barón Haussmann durante el período bonapartista le permitió concluir que algunos “notables” franceses de la segunda mitad del siglo XIX descubrieron y modelaron una noción nueva, el “hábitat”, cuyo éxito –“es decir, su realización sobre el terreno”– fue lo que permitió el triunfo de la III República. Ver: Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad* (Barcelona: Península, 1969) 31-32. Para el entorno colombiano, Fernando Botero ha realizado estudios muy interesantes sobre la forma en que los intereses privados mediaron la organización de lo público en Medellín. Ver: Fernando Botero Herrera, *Medellín 1890-1950: Historia urbana y juego de intereses* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1996). En cuanto a lo sucedido en Bogotá –desarrollo ciertamente bastante diferente al “paisa”, aunque no menos significativo– se recomienda ver Suárez Mayorga 123-138.

²⁸ La autoridad efectiva, de acuerdo con Rama, se esconde detrás de la intelectualidad; los letrados, por tanto, “no sólo sirven a un poder sino que también son dueños de un poder”. Rama 31. En este contexto, el término “los elegidos”, alude a los miembros de la élite nacional que, bien fuera por votación popular, o bien por manejo de influencias, eran escogidos para tomar las decisiones concernientes al espacio urbano capitalino. Ver Suárez Mayorga 15-25.

²⁹ La consecución del empleo la realizó su hermano Leonidas, quien en ese momento era contador de una “compañía importante de rancho y licores” de la capital. Ver Mazuera Villegas 28.

en la que se iba a quedar era la de Mrs. Wiham, lugar al que se llegaba atravesando la Avenida Colón, vía importante de la ciudad, cuya calzada recientemente había sido construida en adoquines de barro por orden del entonces afamado Concejo Municipal³⁰. Esa misma noche fue invitado a comer a la casa de Lorencita Villegas (hermana de su madre) y de su esposo, el futuro presidente Eduardo Santos.

Ellos eran para mí como una catedral, y yo, que aún no sabía nada de “politesse” ni tenía ningún roce social me asustaba de que mis maneras inseguras para sentarme a la mesa y el arte de comer, no fueran a estar de acuerdo con la categoría de esos personajes que nosotros mirábamos desde muy abajo y a tan gran altura (...) ³¹

A la mañana siguiente a la cena, en punto de las ocho, Mazuera presentó su examen de ingreso a la institución bancaria mencionada. Luego de un año y medio, su asignación laboral alcanzó los 110 pesos, cantidad que lo habilitó para irse “entrenando en todas las modalidades del vivir” tales como leer, tomar clases de boxeo y recibir lecciones de piano. La “ambición de conquistar otros medios” lo llevó a solicitar la afiliación al Country Club, establecimiento al que fue admitido gracias a que don Joaquín Samper aceptó que el importe de la membresía fuera pagado en cinco módicas cuotas de 10 pesos mensuales.³²

En el Club, mi carrera golfística fue rápida, más fácil que la social. A los pocos años, y sin tener aún 20 de edad, fui campeón nacional durante tres años consecutivos (...) *Y la sociedad de Bogotá, que sabe entender las buenas almas, me recibió en su totalidad y me llevó por todos sus salones.*³³

La permanencia de “Mazuerita”³⁴ en la banca no duró mucho; antes de cumplir los tres años en el cargo resolvió que si quería labrarse un porvenir, debía trabajar por su cuenta. Cuando le informó de su renuncia al gerente del Banco, don Ernesto Michelsen, éste le ofreció ayudarle con un pequeño capital para que iniciara su “aventura”.³⁵

³⁰ Mazuera cuenta que se impresionó mucho al escuchar a sus acompañantes hablar del “progreso que se le estaba imprimiendo a la urbe” por las “bondades del nuevo Concejo Municipal de Bogotá que, por primera vez en muchos años, tenía mayoría liberal”. Mazuera Villegas 30 (la cursiva es mía). Por cierto, ese recorrido hasta la pensión lo hizo en “un destartalado coche tirado por un famélico caballo”.

³¹ Mazuera Villegas 31. Como se puede ver, Mazuera ya tenía en Bogotá –pese a ser provinciano– contactos importantes para alcanzar su meta.

³² De hecho, ya para 1926 Mazuera era socio del Jockey Club, del Gun Club, del Anglo American Club y de un espacio de socialización “muy simpático” que se llamaba “La Tertulia de Santa Fe”. Ver Mazuera Villegas 95.

³³ Mazuera Villegas 34 (la cursiva es mía).

³⁴ “Mazuerita” era el apelativo que le tenían en el Banco de Colombia. Ver Mazuera Villegas 37-40.

³⁵ Mazuera Villegas 38.

Pasadas varias semanas de escasez, decidió embarcarse en la compra de varios quintales de azúcar, los cuales vendió (tres o cuatro cuadras más abajo del expendio inicial) a la fábrica Posada & Tobón. La fugaz transacción le significó una ganancia de 1280 pesos, suma que inmediatamente empleó para tomar el autoferro de las seis de la tarde hacia el Hotel de la Esperanza, “sitio de lujo en aquella época donde toda la gran sociedad bogotana se daba cita”.

Generoso invitador, al poco tiempo estaba yo ya mano a mano con los huéspedes de allí y acumulaba nuevas energías (...) para ver qué haría. Volví a Bogotá y Benjamín Castillo, cuñado de Enrique Santos, “Calibán”, a quién había conocido yo en “El Tiempo”, me propuso *que atendiera el cobro de unos arrendamientos que él percibía mensualmente por sus propiedades*, para que se los convirtiera en dólares y se los mandara a París, adonde él se dirigía en busca de salud (...)³⁶

Realizada la primera remesa, Mazuera recibió la notificación de que su patrón había fallecido previamente a desembarcar en la costa francesa. Mientras llevaba a cabo los trámites de liquidación encontró una carta del Ferrocarril del Nordeste en la que se hablaba del suministro de una considerable cantidad de traviesas que pertenecían a una compañía belga llamada “Société Nationale des Chemins de Fer en Colombia”. Por medio de la información incluida en los libros de contabilidad, él sabía que representaba una operación boyante, así que se encaminó hacia las oficinas de *El Tiempo* para consultarle a “Calibán” sobre las acciones que se podían tomar. El columnista le respondió que nadie en su familia estaba interesado en mantener ese convenio, pero que si quería ensayar, lo autorizaba para presentarse en la compañía del Ferrocarril como su sucesor.³⁷

Yo me puse a buscar la lista de todos aquellos a quienes el señor Castillo tenía como proveedores, y después de bastante investigación me terminé entendiendo con un veterano en la producción de traviesas, que se llamaba don Marcelino Castro, que tenía un depósito de maderas y carbón en la carrera 17 con calle 13. Este señor me propuso que le comprara a la familia Vargas (de Francisco Vargas y hermanos), 170 eucaliptos que tenía a la orilla del río Bogotá, en su “Hacienda de Cajicá”; que yo ponía el dinero y él su maquinaria de aserrar y nos “partíamos” las utilidades.³⁸

A pesar de que las desavenencias entre ambos socios propiciaron que los dividendos finales no fueran los esperados, lo cierto es que Mazuera logró duplicar en cuatro meses el caudal que le había prestado el gerente del recién instalado Royal Bank of

³⁶ Mazuera Villegas 40 (la cursiva es mía).

³⁷ Mazuera Villegas 41.

³⁸ Mazuera Villegas 42. José Marcelino Castro fue concejal de Bogotá entre 1915 y 1917. Ver Suárez Mayorga 156.

Canada. Es más, después de asegurado el trato con la empresa de los Ferrocarriles, comenzó a adquirir sus propios equipos, logrando con ello erigirse en el “principal y único productor” de durmientes para los departamentos de Cundinamarca y Boyacá. El negocio, si bien se mantuvo floreciente por un tiempo, acabó haciéndose caduco porque las compañías ferroviarias empezaron a suspender las demandas.³⁹

Un día, en una de las habituales tertulias que se formaban en el Hotel Regina (antigua casa de don Pepe Sierra),⁴⁰ un amigo suyo le ofreció un taxi que funcionaba con el respaldo de la firma Taxi-Tax. El propietario de esta empresa era don Antonio Puerto, quien en ese mismo momento iniciaba la creación de otra (en la que el futuro burgomaestre invirtió comprando diez automóviles) que se denominó Taxideal. La rentabilidad que produjo este novedoso sistema de transporte fue tan alta que al año siguiente Mazuera vendió la totalidad de sus activos para conformar, junto a otros tres accionistas, El Gran Tax.⁴¹ Las ganancias obtenidas en el primer semestre fueron suficientes para terminar con el convenio y cumplir uno de los sueños más frecuentes de los *cachacos* de la época: conocer París.⁴²

Este fue un negocio brillantísimo. En tres meses logré amortizar completamente [la deuda], y además, [adquirir] un automóvil nuevo para mí, el más lujoso que hasta entonces había llegado a Bogotá (...) Fue tal el éxito de esta empresa (...) [que] seguí en función del mismo negocio, en socio con mi muy querido y estimado amigo (...) Fabio Restrepo. Los dos fundamos una Compañía con 50 automóviles Studebaker comprados a la firma Leonidas Lara e Hijos, e instalamos la gran empresa de Taxis Azules denominada Taxi No. 1 A.⁴³

Luego de retornar de Europa sus esfuerzos se enfocaron en obtener un contrato con el Consejo de los Ferrocarriles Nacionales para proveerlos periódicamente

³⁹ Entre sus clientes se hallaban el Ferrocarril del Norte, que estaba construyéndose desde Zipaquirá hacia el norte del país, y el Tranvía Municipal de Bogotá, el cual “todavía corría sobre durmientes porque la ciudad aún no se había pavimentado”. Ver Mazuera Villegas 43.

⁴⁰ El Hotel Regina estaba situado en el parque de Santander y fue uno de los lugares que se quemó en los sucesos del 9 de Abril.

⁴¹ Los socios eran Jorge Pardo y dos “antiguos choferes de plaza”, apellidados Benavides y Cruz. Mazuera Villegas 44.

⁴² Se emplea el término *cachaco* para enfatizar en el hecho de que Mazuera Villegas debió asumir los comportamientos propios de los santafereños tradicionales para poder acceder a los espacios de poder: “Para una persona *venida de la provincia en las condiciones mías*, el conquistar por lo alto la vida social de Bogotá, no era fácil, indudablemente. *Mis éxitos golfísticos fueron la base para que yo penetrara en aquella estrecha y exclusiva sociedad bogotana*, pues me fui haciendo amigo de todos los grupos y al poco tiempo empecé a ser invitado a la mayor parte de las casas y a tener en el Club compañías más fáciles que las iniciales, cuando me recibían como ‘*el antioqueño*’”. Mazuera Villegas 99 (la cursiva es mía). Nótese que esta cita hace referencia precisamente a esas divergencias entre el provinciano y el hombre culto, que ya puede ser considerado –así no lo sea de nacimiento–, como bogotano.

⁴³ Mazuera Villegas 44-45.

de seis mil traviesas inmunizadas. El resultado de la negociación, contrario al próspero devenir del que había gozado, fue la apertura de un debate público en su contra que culminó con la recepción de un cheque por 62.000 pesos que de súbito procedió a consignar en el Banco Francés e Italiano de Bogotá.⁴⁴ El responsable de la entidad, don Giovanni Serventi, al enterarse de la nada despreciable cuantía del depósito, le propuso a Mazuera que se aliaran para instalar una fábrica de medias en la capital. Esa unión fue la que dio origen a la Compañía de Tejidos Nacional (Cotenal), empresa que a la larga cristalizó en una corporación de gran envergadura (denominada Modelia S.A.) que se especializó en comercializar insumos relacionados con ese ramo específico del sector fabril.⁴⁵

La riqueza acumulada en el transcurso de estos años, sin embargo, no fue producto únicamente de las incursiones en la industria manufacturera. El otro patrimonio crucial en la conformación de su fortuna fue la creación de urbanizaciones, entre las que cabe mencionar (figura 1):

1. *La Estanzuela*, situada en la calle 6^a con carreras 13 y 21. Fue erigida en compañía del linaje Currea Aya. Este barrio es bastante significativo porque la calle 6^a, que por entonces era una de las vías más amplias de la ciudad, había sido construida justamente durante su último período en la administración pública.⁴⁶

2. *Tabora*, proyecto ubicado en la calle 68 con carrera 78 que estaba destinado para la clase obrera. Fue edificado en asocio con Cecilia Michelsen de Marchi. La enorme distancia que separaba a este asentamiento del centro de la urbe propició un cierto grado de escepticismo entre los posibles inversores, pero aún así la transacción fue magnífica; en menos de dos años ya se habían comprometido todas las viviendas y, según Mazuera, se logró “la satisfacción de haber prestado un servicio *a esas gentecitas* que llegaban a instalarse en ellas con tal entusiasmo y felicidad, que lo hacían *sentir complacido con la gran obra social que se estaba adelantando*”.⁴⁷

3. *Ciudad Modelia*, localizada en los terrenos de una antigua hacienda que quedaba en el camino de Camavieja, aproximadamente a la mitad del trayecto entre la Ciudad Universitaria y lo que hoy es el aeropuerto El Dorado. En su arranque, esta urbanización fue planeada para estratos medios, pero tras el éxito rotundo en la venta de los lotes, se orientó a familias de clase media-alta. Es pertinente anotar que al cabo de unos meses, Mazuera decidió que las residencias fueran adquiridas

⁴⁴ En mi concepto, Mazuera aceptó el cheque para evitar que el debate se tornara en un escándalo político de mayor envergadura.

⁴⁵ Mazuera Villegas 72. Modelia S.A. fue constituida por Mazuera y otros socios a partir de las utilidades que recibía de Cotenal.

⁴⁶ ¿Simple coincidencia? De hecho, él menciona en sus *Memorias* que “un concejal torpe y sin conciencia” se atrevió a insinuar (por envidia) que esa avenida la había realizado para favorecer la urbanización, pero en su defensa Mazuera alega que esa obra la inició tres años después de haber salido de la Alcaldía. Mazuera Villegas 385.

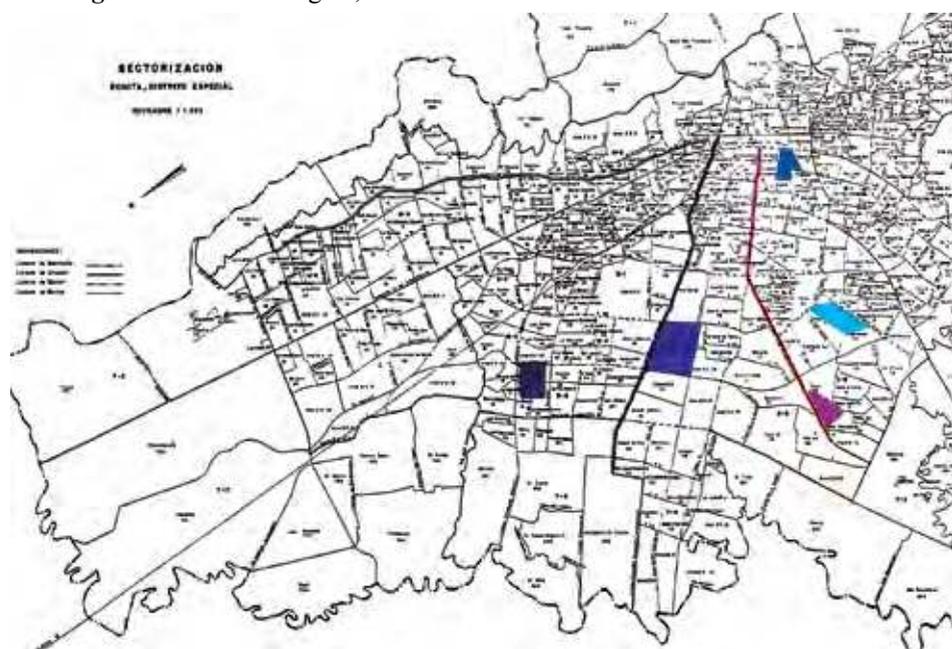
⁴⁷ Mazuera Villegas 386 (la cursiva es mía).

con el pago de una cuota inicial y el resto con financiación del Banco Central Hipotecario, para de esta forma “prestar un servicio social más sólido”.⁴⁸

4. *Floralia*, enclavada al sur de Bogotá y compuesta por “casas obreras de muy bajo precio a las que *la gente de condición muy inferior* llegaba a vivir *civilizadamente*”.⁴⁹

5. *Mandalay*, ubicada sobre la Avenida de las Américas, en el sector comprendido entre el Hipódromo de Techo y la Plaza de Banderas. La adecuación de esta zona fue precisamente una de las tareas centrales en el programa de modernización física para la celebración de la IX CIA que Mazuera debió supervisar como alcalde de Bogotá.

Figura 1. Plano de Bogotá, 1963



Fuente: Jorge Gaitán Cortés, *La planificación en Bogotá* (Bogotá: Departamento Administrativo de Planificación Distrital, 1964) 50.

■ Barrio Modelia ■ Barrio Tabora ■ Barrio La Estanzuela ■ Barrio Floralia ■ Barrio Mandalay

— Carrera 7a — Calle 26 ó Av. El Dorado — Av. de las Américas
— Av. Colón

⁴⁸ Mazuera Villegas 387 (la cursiva es mía). El nombre del barrio, por supuesto, fue en honor a la fábrica de medias ya aludida.

⁴⁹ Mazuera Villegas 394 (la cursiva es mía).

¿El lujo en medio de la miseria es progreso?

El apartado anterior proporciona algunas pistas sobre el nexo existente entre una minoría de la población (lo que yo denomino la *élite de los elegidos*) y los organismos que, bien fuera desde la esfera pública o bien desde la privada, se encargaban de regular el ordenamiento espacial de la ciudad. La cuestión que aquí interesa subrayar es que la potestad sobre los entes que determinaban el rumbo de la metrópoli estaba restringida a una pequeña parte de la sociedad capitalina que era la misma que integraba las juntas directivas de las firmas urbanizadoras que a diario modificaban (en aras de mantener vigente la dualidad tradición-progreso de la que se ha venido hablando) el aspecto edilicio de la urbe.

A continuación se verá que las polémicas surgidas en torno a la ejecución de las obras previstas para conmemorar el magno encuentro de las naciones americanas ilustran dicho antagonismo a la perfección.

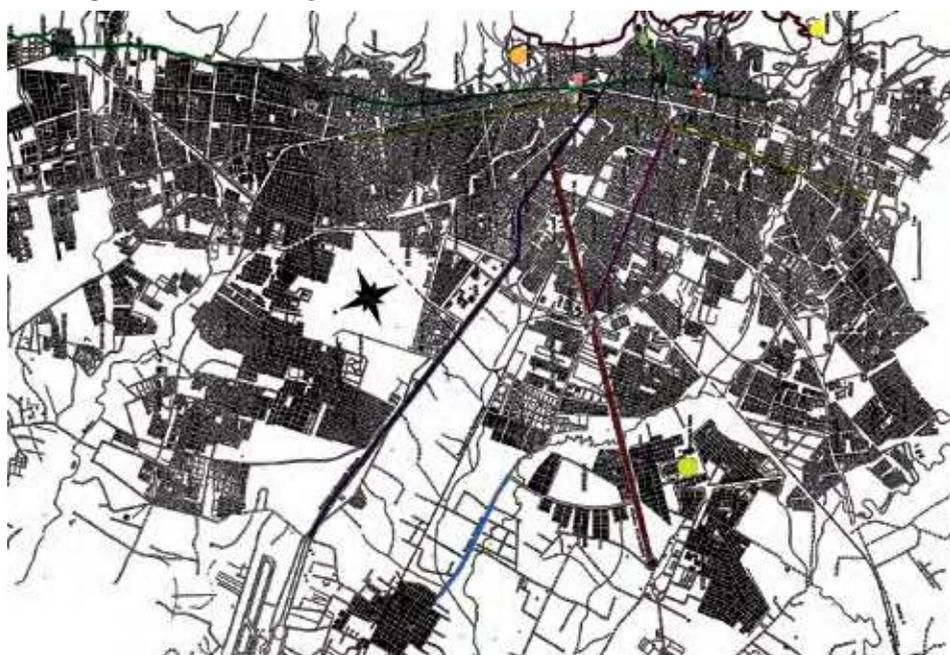
Una vez ratificada la escogencia de Bogotá como sede de la reunión, el Concejo comenzó a sancionar la reglamentación correspondiente. El *Acuerdo número 2 de 1946*, en concreto, establecía que algunas de las construcciones que se iban a adelantar eran: a) la terminación de la Avenida Caracas, de la Av. Colón, de la Av. del Centenario hasta el ramal de Techo, y de la Av. Gonzalo Jiménez de Quesada desde la fábrica de Germania hasta la Quinta de Bolívar; b) la arborización y pavimentación del Paseo Bolívar desde el Parque Nacional hasta la Planta de Vitelma; c) la remodelación del Capitolio y del Palacio de San Carlos; d) la transformación del Panóptico y del Teatro Colón; y e) la apertura de la Av. de las Américas⁵⁰ (figura 2).

Esta lista de prioridades buscaba ser coherente con varios de los preceptos que promulgaban algunos especialistas de la arquitectura moderna. La apertura de arterias, el ensanchamiento de vías, la ejecución de operaciones de embellecimiento o la reconstrucción de edificios que albergaban en su interior instituciones de relevancia nacional, eran, desde esta perspectiva, una excusa inmejorable para poder destruir, con *palas y bulldozers*, el legado español.⁵¹

⁵⁰“Acuerdo número 2 de 1946 (febrero 21)”, *Registro Municipal* 313 a 319 (Bogotá, 15 abr. 1946): 3-9. Aprile asevera que el costo total de estas obras fue de 8 millones de pesos, pero Vengoechea afirma que fue de 7 millones. Ver Aprile-Gnisset 21-22; y *El Tiempo* [Bogotá] 4 abr. 1948: 11.

⁵¹ El término en cursiva pertenece a Mazuera. Ver Mazuera Villegas 220-221.

Figura 2. Plano de Bogotá, circa 1970.



Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango. *Plano de Bogotá. Zona urbana* (Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1970?)



Los trabajos para la IXCIA fueron iniciados a mediados del primer mandato de Alberto Lleras Camargo, cuando faltaba aproximadamente un año para que se llevara a cabo. La responsabilidad del proyecto quedó en manos del ingeniero Manuel de Vengoechea de Mier, quien desde febrero de 1946 asumió la tarea de dirigir –con el respaldo de un equipo de arquitectos pertenecientes a la Sociedad Colombiana del gremio– el llamado “Departamento de Planificación de la Conferencia”.⁵² El diagnóstico previo a la puesta en marcha del plan era el siguiente:

Las perspectivas eran oscuras por lo afanoso del tiempo, ninguna obra de im-

⁵² Aprile-Gnisset 25. Alberto Lleras Camargo fue presidente designado entre 1945 y 1946. Según Vengoechea, sus colaboradores fueron “Hernando González Varón, Hernando Vargas Rubiano, Manuel Robayo, Jorge Ospina, Alfonso Perdomo, Alfonso Noguera y Álvaro Hermida”. Ver *El Tiempo* [Bogotá] 4 abr. 1948: 11. Es llamativo que aquí no se mencione, como lo afirma Aprile, que dentro de este grupo también se hallaba Carlos Martínez, reconocido arquitecto e historiador de la arquitectura.

portancia se podía realizar en tan corto tiempo. Los ingenieros que revisaron el Capitolio y calcularon lo que había que hacer allí [anunciaron] que la restauración no podía hacerse en menos de cuatro años. Y por lo demás, Bogotá era una ciudad *apretadamente colonial, sin alardes urbanísticos, y apenas sí tenía acceso a su co-razón por vías espantosas, y que atravesaban negras y viejas barriadas donde los aleros daban la sensación oscura del villorrio*. Lleras [me advirtió:] hay que hacer avenidas, reformar el capitolio, pavimentar las calles y carreteras, hacer parques, arborizar, transformar, *hacer milagros*. Habrá dinero, pero no olvide que dispone de doce meses para hacerlo (...) *Y fue así como Bogotá empezó a ver, no sin sorpresa, cómo su fisonomía colonial se transformaba* (...) ⁵³

En el razonamiento del funcionario, la oscura apariencia de villorrio que ostentaba la ciudad era testimonio fehaciente del atraso engendrado a lo largo de los tres siglos de dominación colonial. El aspecto bárbarico de la capital requería, en consecuencia, de un cambio inminente que exteriorizara una imagen adecuada (correcta, progresista) del país. No en vano, la preocupación oficial era fundamentalmente una: mostrar “una fachada decente para la visita de hombres” de tan alto perfil. ⁵⁴

La materialización de este anhelo no estuvo exenta de dificultades; si bien es cierto que la postergación del congreso aligeró la presión que generaba la entrega de las obras, también lo es que los contratistas con frecuencia se quejaron de las trabas administrativas que debían sortear, de forma que terminaron optando por ignorar las disposiciones legales amparados en el lema “‘Hágalo usted mismo’, sin importar el dinero sino la inmediatez” ⁵⁵

Lo atrayente de todo esto es que para los profesionales involucrados en la transformación de la urbe los problemas de fondo no eran ni las penurias económicas de la patria, ni los escollos interpuestos por las entidades estatales o municipales. El inconveniente central era la mentalidad retrógrada de la población colombiana; el desarrollo no era posible –como se mencionaba en uno de los discursos de instalación de la IXCIA– si se desconocía que la “desemejanza de actitudes mentales, arraigadas en la costumbre y en la tradición” era uno de los obstáculos más difíciles que el hemisferio entero tenía que superar. ⁵⁶

La traducción de estas palabras al ámbito local fue inmediata; la destrucción del patrimonio arquitectónico *santafereño* fue legitimada por la alcaldía aludiendo a la existencia de una ciudadanía atrasada que no comprendía las alteraciones

⁵³ *El Tiempo* [Bogotá] 4 abr. 1948: 11 (la cursiva es mía).

⁵⁴ Mazuera Villegas 231-232.

⁵⁵ *El Tiempo* [Bogotá] 4 abr. 1948: 11.

⁵⁶ “Discurso del Embajador de Brasil, señor Joao Neves Da Fontoura”. *Registro Municipal* 361 a 366 (Bogotá, 31 mar. 1948): 58.

propias de la modernización.⁵⁷ Pero había más: esa parte de la sociedad capitalina que no estaba acostumbrada a los efectos del progreso era igualmente la culpable de la elección de los individuos que a finales de la década del cuarenta integraban la corporación municipal. “Esa gentecilla” era, por tanto, la responsable de que los cabildantes escogidos por votación popular fueran una especie de títeres que podían ser fácilmente manipulados por las tácticas “manzanillistas” de los políticos tradicionales.⁵⁸ Y por ello, el poder de retórica de los regidores, pero sobre todo, el poder que tenían para congregar a las masas, era una práctica que necesariamente se debía frenar:

Un día, a las siete de la noche, [había] una manifestación en la Plaza de Bolívar, con muchos oradores, y el Alcalde era esperado allí para que hablara y explicara el espíritu de trabajo en relación con los intereses sindicales. Por aquella época era famosa en Bogotá [1947] la fuerza política que tenía el concejal Efraín Cañavera Romero. Era tal su prestigio ante los Sindicatos y las clases trabajadoras, que lo llamaban “El Alcalde Cañavera”. Naturalmente, como ya dizque había tumbado varios alcaldes con la fuerza de su oratoria, o tal vez por la fuerza de su gritería, yo estaba temeroso y tenía en cuenta que era el único concejal que no había ido a presentarme su saludo (...) Fue acercándose la hora de la manifestación y entonces me reuní con todos los Secretarios para ir al balcón de la Secretaría de Hacienda, que quedaba al frente de la Plaza de Bolívar, y que era el sitio más apropiado para poder dirigirse a la multitud. [Luego que terminé], el gran gallo, el representante del Concejo en ese momento, *el hombre popular*, que dizque era dueño de las masas de Bogotá, el que con sus gritos estridentes eclipsaba a hombres de la categoría de Germán Zea, de Jorge Soto del Corral, de Eduardo Cuellar, de Juan Pablo Llinás, etc., que estaban en el Concejo pero que eran incapaces de *enfrentarse a los modales* del señor Cañavera, empezó a hablar. [Y] cuál fue mi asombro cuando muy al comienzo del discurso empezaron a gritarle, a silbarlo y a molestarlo.⁵⁹

⁵⁷ Mazuera relata en sus *Memorias* un episodio bastante dicente al respecto: “En la Alcaldía queríamos darle a Bogotá un estilo y un aspecto completamente distinto. Por ello emprendimos la remodelación de la Plazuela de San Martín, entonces llamada Plazuela de Bavaria. Este era un sitio muy mal habitado, lleno de cafés con pianola y botellería. Empezamos a comprar todas las propiedades de este sector y en seguida se tumbaron con bulldozer y una pala mecánica. [Tuvimos] muchas dificultades, [pero] ya estaba acostumbrado a que para poder crear hay que someterse uno a justa crítica y a todos *los reproches de una sociedad que no está acostumbrada a un movimiento nuevo, ni a ver que se le está impulsando en forma dinámica y progresista*”. Ver Mazuera Villegas 220-221 (la cursiva es mía; la cita se acortó para hacer más fluida la lectura).

⁵⁸ Para Mazuera, Carlos Lleras Restrepo (también cabildante de la capital entre 1945-1947 y 1949-1951) era el prototipo del político manzanillista. Ver Mazuera Villegas 91 (remitirse a la tabla I en los Anexos).

⁵⁹ Mazuera Villegas 208-215 (la cursiva es mía; la cita se acortó para hacer más fluida la lectura). Efraín Cañavera fue concejal en cuatro ocasiones, aunque aquí se está haciendo referencia a la tercera (remitirse a la tabla II en los Anexos).

La repercusión más notable de la incipiente enemistad que comenzó a fraguarse entre los dos organismos que controlaban el crecimiento espacial de la urbe fue que en adelante el burgomaestre se encargó tanto de definir cuáles eran los proyectos que se iban a emprender (logrando así que la intervención de la Municipalidad se limitara exclusivamente a la aprobación de las reformas), como de negociar directamente la obtención de los préstamos externos que se destinarían a financiar las obras. Las funciones que antaño habían desempeñado los concejales empezaban de esta manera a ser ejercidas por una única (y al cabo de unos años, dictatorial) autoridad.⁶⁰

El escenario interamericano

Las labores para recibir a los delegados de la IX Conferencia Panamericana empezaron en medio de la batalla campal que se disputaba en el territorio colombiano a causa de la ruptura del ya mencionado pacto de Unión Nacional.⁶¹ El ambiente político que rodeaba la reunión estaba cargado de rumores, e incluso algunos periódicos de filiación conservadora aseguraban que la ocasión iba a ser aprovechada por los comunistas y los gaitanistas para desencadenar incidentes de gran magnitud.⁶²

La propia participación del liberalismo se hallaba en duda porque, por disposición oficial, la comisión que representaría al país en las plenarias no tendría entre sus miembros al líder de la oposición sino a un selecto grupo de “notables” que al parecer era compatible con los intereses del presidente.⁶³ La decisión de tales dirigentes de aceptar el nombramiento propició que en el ala radical del partido se interpretara el hecho como una traición:

Quando el gobierno nacional solicitó nuestra colaboración, antes que el doctor Gaitán hablara cosa alguna, ya aquellos habían declarado que *la república necesitaba presentar un espectáculo de civismo y armonía, digno de nuestras limpias tradiciones*, ante las naciones que esa vez nos visitaban. Vinieron los nombramientos y poco tardaron en posesionarse. De paso sea dicho que en nuestro herbario político

⁶⁰ Municipalidad era el término que se usaba en el siglo XIX para referirse al Concejo. Comparando la legislación expedida por esta institución para los años de 1946, 1947 y 1948, se nota que gradualmente el desarrollo urbano capitalino pasó a depender de la Alcaldía –o de los Departamentos adscritos a ella– y del gobierno central (si se quiere saber específicamente cuáles son los textos a los que se está haciendo referencia, remitirse a la bibliografía).

⁶¹ La reunión aparentemente se debía llevar a cabo en 1942, pero factores de tipo externo (principalmente, la Segunda Guerra Mundial) e interno, hicieron que se pospusiera dos veces (finales de 1946 y diciembre de 1947) antes de estipular como fecha definitiva el mes de marzo de 1948. Ver Osorio 285.

⁶² *La Patria* escribía, el 13 de Febrero de 1948, que Gaitán había recibido dinero de la embajada soviética para producir un levantamiento contra los participantes de la IX CIA. Ver Pécaut 536.

⁶³ Pécaut 536. La mayoría de las fuentes consultadas tienden a corroborar esta idea.

*es bastante común esta planta que a la veleidad de sus ideas une intransgredible devoción presupuestal. En botánica, esos ejemplares se crían siempre entre los invernaderos, en Colombia se mantienen en las amplias posiciones del Estado. ¿Queréis saber quiénes son? Buscadlos siempre dentro de un pequeño catálogo de apellidos.*⁶⁴

El indiscutible proselitismo del texto –explicable por supuesto dentro de la lógica del período en estudio– no debe impedir hacer hincapié en dos cuestiones cardinales para el tema que se está tratando: por un lado, que la mayoría de los ciudadanos que tomaron parte de los acontecimientos del 9 de Abril pertenecían a una élite que no sólo era poseedora del poder económico, político e intelectual de la nación, sino que además se había caracterizado por ejercer diferentes cargos –antes o después del *Bogotazo*– en la administración municipal.⁶⁵ Y por el otro, que la referencia del autor a las raras especies que crecían en el “herbario” de la patria tiene que entenderse como una prueba palpable de las críticas que rondaron la realización del evento, las cuales iban desde las manifestaciones de desprecio hacia ciertos personajes del gabinete ministerial, hasta las acusaciones de corrupción en las entidades que dilapidaban (justamente mientras la población se encontraba en la absoluta miseria) el presupuesto del tesoro público en la construcción de “obras suntuosas”. En los documentos de la época el principal perpetrador de ese derroche era Laureano Gómez quien, “para probar su modernismo arquitectónico”, había mandado “colocar estatuas de mujeres desnudas sobre las inmediaciones del campo de Techo”, haciendo “ruborizar” a una buena parte de las “damitas santafereñas”.⁶⁶

Tales reproches ciertamente tenían su razón de ser: al mismo tiempo que en Palacio se finiquitaban los preparativos, en las calles de la ciudad eran clausurados los hospitales, se descubrían bodegas repletas de víveres que habían sido escondidos para mantener el incremento de los precios, se aumentaba la delincuencia y se elevaban los índices de mendicidad.⁶⁷ No obstante, desde la administración

⁶⁴ Mazuera Villegas 14-15 (la cursiva es mía). A mi juicio, ese “civilismo” de los bogotanos (personificado en los buenos modales y en una educación refinada) tiene su génesis en lo que denomino “el mito fundacional” de la Atenas Suramericana. Una disquisición amplia sobre esta cuestión se encuentra en Adriana María Suárez Mayorga, “La escenificación del poder en el espacio urbano capitalino: Bogotá, 1870-1910”, Tesis para optar por el título de Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2006.

⁶⁵ Al contrastar algunos nombres hallados en la documentación con los concejales y los burgomaestres de la ciudad se obtienen coincidencias bastante significativas que se pueden apreciar en la tabla III de los Anexos.

⁶⁶ Duque Orrego 19. Nótese que el modernismo arquitectónico aquí aparece asociado a unas “estatuas de mujeres desnudas”.

⁶⁷ En la prensa hay numerosos artículos sobre este punto. En uno de ellos, en particular, sorprende encontrar la foto de un local ubicado en la “calle 10 número 13-15”, propiedad del comerciante Alberto Cuervo, en donde ilegalmente estaban almacenados “6.000 bultos de víveres”. Ver *El Tiempo* [Bogotá] 2 abr. 1948: 4.

municipal ese inconformismo era calificado de “totalmente injustificado” porque según Vengoechea, todo el dinero gastado había sido destinado a la compra de “elementos de lujo”.⁶⁸ La urgencia de estar a la altura de las naciones *civilizadas* ponía pues de manifiesto que lo que en realidad importaba en la modernización capitalina era la agilidad de las obras antes que sus costos, la ostentación antes que su utilidad, la apariencia antes que el “bien común”.⁶⁹

El alcance de esta constatación era en realidad mucho más amplio: la desconfianza que se respiraba en el aire bogotano constituía igualmente un claro reflejo de la incertidumbre que se vivía en el continente, cuyo panorama, como lo planteaba el embajador del Brasil, era alarmante:

Reúnense hoy las 21 Repúblicas de este Hemisferio, en este ambiente de inquietud y con presagio de tormenta, *para amoldar el sistema interamericano a nuevos padrones de morfología política y económica* y reafirmar al mundo su deliberación de vivir en paz (...) *Casi todas nuestras Repúblicas están padeciendo las consecuencias de una crisis sin precedentes*. Privadas durante años de comprar los equipos indispensables no sólo al desenvolvimiento de sus industrias, como a la sustitución de aquellas que el uso forzado hizo envejecer; con sus sistemas de transportes internos anticuados o perjudicados por la falta de renovación oportuna; con el trabajo rural careciendo de mecanización para mayor rendimiento y abaratamiento de los precios de producción; (...) con el progresivo agotamiento de las reservas de divisas acumuladas durante la guerra; *con el onus, aplastante para las poblaciones, de un alza progresiva en el costo de la vida*, ahí tenéis la situación aflictiva en que se encuentran todas las naciones de América.⁷⁰

La lectura cuidadosa de estas palabras permite afirmar que la Conferencia, aparte de ser una maniobra política para formar un bloque regional frente a la amenaza del comunismo (obviamente escudada en el noble propósito de buscar la “unidad, la paz, el bienestar y progreso” de los distintos países que la componían), era la máxima expresión de un negocio comercial de grandes proporciones que estaba pensado para repercutir tanto en el medio urbano como en el rural.⁷¹ En ese

⁶⁸ *El Tiempo* [Bogotá] 4 abr. 1948: 11. Por ejemplo, la lámpara del Teatro Colón había costado 8.500 dólares, y las cuatro “bolas de las Plaza de Bolívar” que después de instauradas habían sido retiradas porque la población consideraba que eran un “adefesio”, habían costado 4.000 pesos. Asimismo, el sueldo mensual de Vengoechea era de 600.000 pesos, suma que era similar –o inclusive superior– al precio de una casa en el centro o de un edificio nuevo.

⁶⁹ La noción de *bien común* es fundamental para entender la función del Cabildo en la coyuntura del paso del Antiguo Régimen a la modernidad. Véase François-Xavier Guerra y Annick Lempérière *et al.*, *Los espacios públicos en Iberoamérica: Ambigüedades y problemas; Siglos XVIII-XIX* (México: FCE, 1998).

⁷⁰ “Discurso del Embajador de Brasil...” 56-58 (la cursiva es mía).

⁷¹ La cita entre comillas pertenece a “Discurso del Embajador de Brasil...” 60. Enunciaciones similares acerca de la intención de crear un hemisferio anticomunista se encuentran en los libros anteriormente citados de Pécaut, Aprile-Gnisset y Osorio.

contexto, ¿no es ciertamente sugestivo que el presagio de tormenta enunciado por el delegado brasileño se hiciera realidad días después en las calles capitalinas? ¿Era verdaderamente una casualidad que en la plenitud de los debates que determinarían el futuro del continente, Bogotá experimentara uno de los episodios más *dramáticos* de su historia?⁷²

Lejos de entrar a discutir –como lo hace la historiografía tradicional– si los enfrentamientos que se presentaron en la *città* fueron producto del azar, o si por el contrario, respondieron a la ejecución de un plan minuciosamente elaborado por la inteligencia norteamericana, lo que se quiere recalcar es que gracias a los destrozos causados durante el *Bogotazo*, el gobierno aprobó numerosos contratos con compañías gringas para adquirir los materiales y la maquinaria requeridos en las labores de reconstrucción de la urbe. El anhelo de algunos ciudadanos de levantar de las cenizas una metrópoli moderna con la ayuda del capital extranjero estaba –al menos en ese momento– cada vez más cerca de poder cumplirse.⁷³

El fin a la crisis llega con una muerte

La conmoción que produjo en los fueros gubernamentales la ratificación de la renuncia de Fernando Mazuera Villegas es absolutamente comprensible si se tiene en cuenta que el burgomaestre, además de contar con el respaldo de la ciudadanía, ya gozaba del apoyo de las mayorías gaitanistas que componían el Concejo de Bogotá. La elección de quien lo fuera a reemplazar, por ende, no sólo debía corresponder –así fuera superficialmente– a los intereses de aquellos círculos sociales que esperaban que el puesto no quedara en manos de “elementos sectarios y apasionados” que se distinguían por supeditar cualquier tema de orden técnico o administrativo a simples cuestiones manzanillistas, sino que paralelamente tenía que atender a un cálculo minucioso de fuerzas políticas para que la persona escogida no terminara sucumbiendo ante la presión liberal. Y la experiencia enseñaba que lograr cooptar a los regidores municipales no suponía una tarea fácil.⁷⁴

Los comentarios efectuados por los medios de comunicación se caracterizaron por especular acerca de los posibles nombres que se estaban barajando desde las esferas gubernamentales para asumir las riendas de la ciudad. El 24 de marzo de 1948, tras haber considerado a personalidades de la talla de Laureano Gómez o de Roberto Urdaneta Arbelaéz, la primera plana de *El Tiempo* anunciaba que al parecer “la crisis de la administración pública del municipio de Bogotá” había

⁷² *Dramático* por las consecuencias que generó desde el punto de vista urbanístico y por las implicaciones que tuvo en su desarrollo sociopolítico posterior.

⁷³ La información recogida por Aprile es bastante ilustrativa con relación a este tópico. Ver Aprile-Gnisset 55-63.

⁷⁴ El propio empresario manizalita había tenido que sortear los intrínquilos del movimiento gaitanista cuando accedió a la Alcaldía por primera vez. Sobre esta cuestión, véase– Mazuera Villegas 224-229.

alcanzado “en las horas de la mañana una posible solución cuando el gobernador, después de una reunión con el presidente”, había nombrado “como alcalde a Rafael Delgado Barreneche”, actual vicepresidente del Concejo y gerente de una “compañía distribuidora de azúcar”.⁷⁵ Informado de la noticia por un reportero, el regidor procedió inmediatamente a presentar sus disculpas ante los funcionarios correspondientes porque, debido a una serie de compromisos adquiridos con anterioridad, no le era posible aceptar.⁷⁶

Tras haber propuesto como candidatos a Gregorio Obregón, Hernando Gómez Tanco o Antonio Morales Bárcenas, finalmente se decretó que el burgomaestre fuera Manuel de Vengoechea, un “ilustre bogotano” cuya designación había sido “altamente comentada” porque tenía “pleno conocimiento de las necesidades de la capital y estaba capacitado como ningún otro para continuar el desarrollo de los proyectos del ex-alcalde relativos a la transformación de la ciudad”.⁷⁷

Los lineamientos de su mandato, según lo explicaba días más tarde, iban a girar alrededor de una cuestión que desde siempre había estado en la mira de la corporación municipal: dotar de agua y energía a la urbe. La conquista de esta aspiración hacía imperioso que los proyectos que se adelantaran durante su gestión fueran concebidos para un período de treinta o cuarenta años, ya que gracias a su experiencia en las obras para la IX Conferencia Panamericana, sabía que el espacio capitalino –“caminando a pasos agigantados sobre la ruta de su progreso”– prontamente rebasaba todas las predicciones.⁷⁸ Este discurso albergaba sin embargo un temor profundo hacia las reacciones que generaría su designación entre los cabildantes, prueba de lo cual es que pese a afirmar que poseía vínculos de amistad con la mayoría de ellos, también anunció que tan pronto se percatara de que la entidad tenía intenciones de “estorbar sus planes”, procedería a retirarse del cargo.⁷⁹

⁷⁵ *El Tiempo* [Bogotá] 24 mar. 1948: 9. Mientras se determinaba el reemplazo de Mazuera, salieron en los diarios artículos que hacían precisamente referencia a las rencillas entre el jefe del partido liberal y el burgomaestre, quien, por cierto, a pesar de dimitir, se mantuvo atendiendo los asuntos de la Alcaldía, e incluso siguió decretando ordenanzas. Ver, por ejemplo, *El Tiempo* [Bogotá] 1 abr. 1948: 1 y 9.

⁷⁶ *El Tiempo* [Bogotá] 24 mar. 1948: 9.

⁷⁷ *El Tiempo* [Bogotá] 31 mar. 1948: 1 y 15. El nombre de Vengoechea nunca sonó en las semanas previas a su nombramiento, pero como lo confirma el aviso publicitario que se cita a continuación, fue director de la revista de arquitectura más importante de Bogotá incluso hasta los años ochenta del siglo XX: “Proa. Revista de Arquitectura, Urbanismo e Industria. Dirección: Manuel de Bengoechea, Carlos Martínez y Jorge Arango Sanín. De venta en todas las librerías de la ciudad. Precio del ejemplar: \$0.50”. Ver *Sábado: Semanario para todos al servicio de la Cultura y la Democracia en América* [Bogotá] 7 sept. 1946: 1. Hernando Gómez, en contrapartida, había sido gerente de las Empresas Municipales, y Morales Bárcenas era el actual Secretario de Obras Públicas de la Alcaldía.

⁷⁸ *El Tiempo* [Bogotá] 4 abr. 1948: 11. Entre sus planes también estaba contratar, con \$500.000 que quedaban del presupuesto para la IX CIA, a la compañía “Eternit” para levantar casas para obreros, de construcción rápida, como las que se hacían en Estado Unidos.

⁷⁹ Su argumento era que los concejales habían sido elegidos para “servirle a Bogotá”, así que si él

Las propuestas del ingeniero nunca llegaron a realizarse; a los cuatro días de haberse posesionado, estalló en la capital una rebelión popular que, en el plano político, culminó con el retorno de Fernando Mazuera a la administración local. En la prensa liberal se informaba el suceso con gran expectación porque según los comentarios que se escuchaban en las calles, era la única persona capaz de negociar los préstamos necesarios para poder erigir de los escombros un futuro mejor.⁸⁰

En el plano urbanístico, en cambio, la querrela entre las instancias que determinaban las directrices del ordenamiento bogotano terminó atestiguando que la capital del país no volvería a ser –al menos por el lustro siguiente– de *los elegidos*.

Entre las ruinas resurge una metrópoli

Los rumores acerca del atentado a Jorge Eliécer Gaitán se expandieron velozmente por toda Bogotá; después de escuchados los disparos, algunos habitantes que habían contemplado la escena se abalanzaron sobre el asesino, quien prontamente se encontró yaciendo a las puertas de la residencia presidencial. Luego de la confirmación de la muerte del caudillo, la ciudadanía ubicada en la zona céntrica enloqueció: verdaderas avalanchas humanas comenzaron a acudir a las inmediaciones de la Clínica Central para ver el cadáver. El tráfico se paralizó, el comercio cerró sus puertas, las sesiones de la IXCIA fueron suspendidas. La gente se agolpó en las vías, estimulando saqueos e incendios que rápidamente fueron imputados a la subversión comunista.⁸¹

El balance de los daños que presentaban los periódicos era devastador: los titulares, las páginas centrales, los editoriales, prácticamente toda la información dada por la prensa durante las semanas siguientes al asesinato, aludía a los destrozos ocasionados por las llamas. En ciertos sectores de la sociedad, empero, el panorama no parecía tan desfavorable; la Sociedad Colombiana de Arquitectos, por ejemplo, aseguraba que por fin el camino quedaba libre para realizar las transformaciones que convertirían a la urbe en una metrópoli moderna. La destrucción del centro por parte de las *masas incivilizadas* era así la excusa perfecta para levantar de las cenizas una nueva ciudad, para dejar atrás definitivamente el pasado colonial.⁸²

presentaba un proyecto y el Concejo no lo avalaba, los perjudicados serían los regidores. *El Tiempo* [Bogotá] 4 abr. 1948: 11.

⁸⁰ En efecto, en los meses siguientes a este acaecimiento, la reglamentación expedida tanto desde el Consejo como desde la Alcaldía, se centró en la consecución de grandes sumas de dinero a través, principalmente, de la obtención de créditos o de la venta de bonos “ProUrbe”. Véase *Registro Municipal* 361 a 384 (Bogotá, 1948).

⁸¹ Ver Orrego Duque 26; o, también Pécaut. Este último autor presenta en su libro un análisis bastante pertinente acerca del “miedo al pueblo” que se genera entre la élite colombiana.

⁸² Aprile-Gnisset, Jacques, *La ciudad colombiana: Siglo XIX y XX* (Bogotá: Banco Popular, 1992) 638. Pécaut hace un análisis muy interesante sobre el “temor al pueblo (bárbaro, inculto, malhechor)” que generó el *Bogotazo*. Ver Pécaut 537-539. En realidad los diarios exageraron sobre la magnitud de los destrozos; aunque es verdad que buena parte de las edificaciones existentes en el centro de la

Si todo lo sólido ya se había desvanecido en el aire, lo único que entonces restaba por hacer era trazar un programa de acción que le devolviera al entorno bogotano su lugar de capital nacional. La instauración de una imagen impuesta, es decir, concebida por quienes habían hecho fortuna a costa del desarrollo urbano capitalino, era ahora una tarea ineludible.⁸³

Las semanas siguientes al *Bogotazo* confirmaron que las maquinaciones del gobierno central habían tenido éxito; la convicción de que la presencia del empresario manizalita era condición *sine qua non* para devolverle la legitimidad al régimen era acertada. Los acontecimientos demostrarían, *a posteriori*, que el sacrificio efectuado por los liberales había rendido sus frutos: el gaitanismo, pese a la muerte de su líder, había triunfado.⁸⁴

El planteamiento final

El 30 de abril de 1948 Mariano Ospina Pérez promulgaba un decreto –gracias a los poderes constitucionales que le confería el estado de sitio– en el que se establecía que a partir de la fecha los Concejos Municipales únicamente podrían reunirse, de manera “extraordinaria y en sesiones privadas”, cuando fueran convocados por el burgomaestre (previa autorización del “respectivo Gobernador o del Jefe Civil y Militar”) con miras a tratar asuntos cuya solución” se considerara “urgente para la vida administrativa del Municipio”.⁸⁵

Mazuera, como no podía ser de otra forma, acató esta disposición al instante, tomándola tan en serio que llegó incluso a imponer, en términos cuasi dictatoriales, las obras que se llevarían a cabo en la ciudad.

En uno de los escritorios [encontré] un Acuerdo Municipal que ordenaba la construcción de la carrera Décima. Este era un proyecto del doctor Jorge Soto del Corral (...) Yo me puse a estudiarlo y me pareció bastante interesante la conversión de esa pequeña carrera que tenía 6 ó 7 metros de ancho, en amplia vía de gran circulación que es hoy. Como era Acuerdo Municipal, [cualquier] cambio lo tenía que llevar al

urbe fueron consumidas por el fuego, también lo es que los daños se concentraron exclusivamente en unas cuantas manzanas. Ver al respecto Aprile-Gnisset, *El impacto* 35-39.

⁸³ Tres años más tarde, el mismo Vengoechea construyó un edificio de locales comerciales sobre la carrera 7ª, que tenía cuatro pisos. Tal edificación, además de ser ilegal por su altura, fue erigida en una zona que no estaba destinada a este tipo de función. Ver Aprile-Gnisset, *La ciudad* 181-182.

⁸⁴ Mazuera mismo comenta que cuando Echandía y Ospina fueron a ofrecerle el cargo, “[puso como requisito que le] permitieran hacer un gobierno con elementos netamente gaitanistas. Ellos sabían que yo había sido siempre turbayista, pero como en ese momento lo que se necesitaba era apaciguar los ánimos, había que darle al pueblo bogotano la sensación de que había un hombre que estaba llevando los destinos de la ciudad con amigos de ellos”. Véase Mazuera Villegas 240.

⁸⁵ “Decreto del Ejecutivo Nacional No. 1405 de 1948 (abril 30)”. En *Anales del Concejo* 1575 (Bogotá, jun. 1948). El presidente del Concejo podía proponer al alcalde que se reuniera la corporación municipal, pero la determinación final seguía siendo del burgomaestre.

Concejo. Y me presenté con una variación, con otro Acuerdo que modificaba éste y en el cual se proponía que la avenida tuviera 40 metros de ancho en lugar de los 18 del Acuerdo anterior. Gran reacción hubo; yo expliqué, dije en todas formas por qué me parecía que los 40 metros era el ancho ideal, pues sabía que en New York, Park Avenue tiene 32 metros y la Quinta Avenida 28 metros. Yo consideraba que en Bogotá se necesitaba una avenida principal y no quería que fuera de menos de 40 metros, según todos los estudios que había hecho; tampoco debía tener más, porque cuando una avenida pasa de 40 metros, pierde su sentido comercial.

Gran batalla tuve, pues todos se oponían. Recuerdo que una vez a las cuatro de la mañana, en el Concejo Municipal, muy fatigado yo de tantas explicaciones y de tantos ruegos, *di un golpe sobre el pupitre diciendo al retirarme: "Mientras este gobierno de Mazuera exista, no habrá carrera décima, salvo que sea de 40 metros"*. Y me fuí. Al día siguiente [dos concejales] vinieron a la oficina a decir que volviera a exponer [las razones que tenía] y que ellos creían que el ambiente se había mejorado.⁸⁶

La sanción de la norma, por ende, no sólo puso fin a una agonía que había comenzado dos años atrás con los debates surgidos en el seno del Congreso de la República debido al proyecto de ley que proponía la creación del Distrito Especial de Bogotá, sino que además significó el inicio de un proceso de decadencia que culminaría con el cierre definitivo de la institución bajo el régimen militar de Gustavo Rojas Pinilla.⁸⁷

Es más, en el curso de los meses siguientes la información contenida en las publicaciones oficiales se limitó a reproducir la reglamentación emitida desde la Alcaldía, dependencia que a partir de 1949 fue conocida con el sugestivo nombre de "Ejecutivo Municipal".⁸⁸ Lo paradójico de la situación es que, en el lapso de un lustro, el manejo de la urbe quedó en manos de dependencias locales o estatales que decimonónicamente se habían caracterizado por ser contrarias a los objetivos de la corporación que por generaciones había definido el rumbo del espacio urbano bogotano. La transformación de la "cabeza y el corazón" del país en metrópoli, la

⁸⁶ Mazuera Villegas 251-253 (la cursiva es mía). En efecto, esto ocurrió después del 9 de Abril. Cabe advertir que las conclusiones arriba formuladas están sustentadas en el examen de todos los Registros Municipales de 1949 a 1952 (Remitirse a la bibliografía). Frente a lo expuesto, creo que sería interesante mirar en investigaciones posteriores si las acciones del empresario obedecían a una mentalidad moderna o si simplemente eran una excusa para enriquecerse con los negocios que se derivaban del funcionamiento de la ciudad.

⁸⁷ El Artículo 7º del mencionado proyecto de ley es el antecedente más claro de la norma de Ospina. Ver *Anales del Concejo* 1385 (Bogotá, 30 jul. 1948): 897.

⁸⁸ Véase *Registro Municipal*, vol. 19 (Bogotá: Imprenta Municipal, 1949). Incluso, al examinar las temáticas sobre las que los cabildantes siguieron teniendo injerencia, se observa que paulatinamente su rango de actuación se circunscribió a definir qué personajes iban a recibir el reconocimiento de la ciudadanía bogotana.

imposición “desde arriba” de los signos del progreso, requería, pues, que la capital no siguiera dependiendo más de la *voluntad popular*.⁸⁹

Bibliografía

I. Fuentes primarias

Anales del Concejo, 1947-1948.

Registro Municipal, 1946-1951.

El Tiempo, 1948.

Revista Semana, 22 feb. 1947.

II. Fuentes secundarias

Aprile-Gniset, Jacques. *La ciudad colombiana: Siglo XIX y XX*. Bogotá: Banco Popular, 1992.

_____. *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá*. Bogotá: Centro Cultura Jorge Eliécer Gaitán, 1983

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI, 2004.

Botero Herrera, Fernando. *Medellín 1890-1950: Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1996.

Castells, Manuel, ed. *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1973.

Cortés, Rodrigo. “De paso por la ciudad del Plan Piloto”. *Le Corbusier y Sudamérica: Viajes y proyectos*. Por varios autores. Chile: Ediciones ARQ, 1991.

Guerra, François-Xavier, Annick Lempérière et al. *Los espacios públicos en Iberoamérica: Ambigüedades y problemas; siglos XVIII-XIX*. México: FCE, 1998.

Hardoy, Jorge Enrique y Richard P. Schaendel, eds. *El proceso de urbanización en América Latina desde sus orígenes hasta nuestros días*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1969.

Kalmanovitz, Salomón. *Economía y nación: Una breve historia de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI/ CINEP/ Universidad Nacional de Colombia, 1984.

Lefebvre, Henri. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península, 1969.

Mazuera Villegas, Fernando. *Cuento mi vida*. Bogotá: Imprenta Canal Ramírez-Antares, 1972.

Orrego Duque, Gonzalo. *9 de abril fuera de Palacio*. Bogotá: Editorial Patria, 1949.

Osorio Lizarazo, José Antonio. *Gaitán: Vida, muerte y permanente presencia*. Bogotá: El Áncora, 1998.

Pécaut, Daniel. *Orden y violencia: Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y*

⁸⁹ De hecho, la participación de los ciudadanos en las elecciones municipales disminuyó considerablemente; de acuerdo con las cifras que proporciona Pécaut para Bogotá, de los 25.000 habitantes que votaron en 1939, sólo quedaron 18.000 para 1943. Ver Pécaut 399. En la misma línea, ninguno de los integrantes de las juntas que se conformaron para miras a la reconstrucción del centro capitalino, pertenecían a la Municipalidad. Ver Aprile-Gniset, *El impacto* 135.

1953. Bogotá: Norma, 2001.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.

Saldarriaga, Alberto. *Bogotá siglo xx: Urbanismo, arquitectura y vida urbana*. Bogotá: Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2000.

Suárez Mayorga, Adriana María. *La ciudad de los elegidos: Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político; Bogotá, 1910-1950*. Bogotá: Editorial Guadalupe, 2006.

_____. “La escenificación del poder en el espacio urbano capitalino. Bogotá, 1870-1910” Tesis para optar por el título de Magíster en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2006.

Anexos**Tabla I.** CONCEJALES DE BOGOTÁ ENTRE 1945 Y 1951

CONCEJALES DE BOGOTÁ 1945-1947*

PRINCIPALES	SUPLENTES
Jorge Soto del Corral	Alberto Galindo
Carlos Lleras Restrepo	Hernando Posada Cuéllar
Bernardo Medina	Rafael Ruiz Rovira
Germán Zea Hernández	Mario H. Vanegas
Eduardo Cuéllar	Guillermo Bermúdez Sierra
Plinio Mendoza Neira	Jorge Samper Sordo
Juan Pablo Llinás	Carlos Saúl Hernández
Efraím Cañavera	Marco A. Mejía
Manuel J. Robayo R.	Luis Felipe Alemán C.
Mariano Ospina Pérez	Antonio J. Uribe Portocarrero
Roberto Urdaneta Arbeláez	Aparicio Gil Bernal
Nicolás Gómez Dávila	Pablo Jaramillo Arango
Alberto Riaño Cualla	Manuel Madero París
Jorge Córdoba Ortiz	Miguel Escobar López
Gilberto Vieira	Álvaro Sanclemente

* **Fuente:** Adriana María Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos: Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político; Bogotá, 1910-1950* (Bogotá: Editorial Guadalupe, 2006) 142-163.

CONCEJALES DE BOGOTÁ 1947-1949*

PRINCIPALES	SUPLENTES
Jorge Eliécer Gaitán	Arturo González Escobar
Darío Echandía	Humberto Hernández
Eudoro Martínez G.	Manuel Hernández Rodríguez
Enrique Garcés	Jorge Camacho Fajardo
Antonio García	Pío Gómez M.
Darío Samper	Francisco A. Fernández P.
Miguel Lleras Pizano	Álvaro Hernández T.
Efraím Cañavera Romero	Luis E. Tamayo R.
Agustín Bernal B.	Jesús Molano
Rafael Castillo B.	Luis Moisés Méndez Pachón
Julio Eduardo Macías R.	Jorge Lara C.
Guillermo León Valencia	Rafael Delgado Barreneche
Luis Piñeros Suárez	Carlos Reyes Posada
José Antonio León Rey	Antonio J. Guzmán Cabal
Roberto Andrade B.	Belarmino Pinilla

* **Fuente:** Adriana María Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos: Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político; Bogotá, 1910-1950* (Bogotá: Editorial Guadalupe, 2006) 142-163.

Los juegos de poder detrás de la modernización capitalina

CONCEJALES DE BOGOTÁ 1949-1951*

PRINCIPALES	SUPLENTES
Carlos Lleras Restrepo	Leopoldo Rodríguez G.
Carlos Lozano y Lozano	Carlos Puyo Delgado.
Manuel Antonio Rueda Vargas	Félix Villalba R.
Santiago Valderrama C.	Luis E. Tamayo
Jorge Gaitán Cortés	Hernán Manrique
Virgilio González	Julio E. Macías R.
Alvaro Ayala M.	Jaime Gaitán
Humberto Hernández	Esteban Vesga Lineros
Alfonso Rodríguez G.	Marco Crespo
Luis Washington Salomón G.	Pablo Lamprea
Agustín Bernal B.	Jesús Molano
Hernando Anzola Cubides	Efraím Albarracín
Pedro A. Posse Camargo	Carlos Urdaneta Holguín
Alejandro Angel Escobar	Francisco Sáenz Arbeláez
Arcadio Herrera Prado	Miguel Serrano Camargo

* Fuente: *Registro Municipal*, vol. 19 (Bogotá: Imprenta Municipal, 1949) 3.

Tabla II. CONCEJALES DE BOGOTÁ ENTRE 1945 Y 1949 DISCRIMINADOS SEGÚN PROFESIÓN, CARGOS EJERCIDOS EN LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA Y FIRMAS URBANIZADORAS CONSTITUIDAS

Nombre	Profesión	Cargos en la administración pública*	Firmas urbanizadoras
Jorge Eliécer Gaitán (l)	Abogado	→ Alcalde de Bogotá, 1936-1937 → Concejal de Bogotá, 1943-1945/ 1947-1949**	
Darío Echandía (l)	Abogado	→ Concejal de Bogotá, 1943-1945/ 1947-1949** → Presidente de la República designado, 1943-1944 → Presidente de la República designado, 1960	
Jorge Soto del Corral (l)	Abogado	→ Alcalde de Bogotá, 1944 → Concejal de Bogotá, 1945-1947	→ Soto & Cía Ltda.
Roberto Urdaneta Arbeláez (c)	Abogado	→ Concejal de Bogotá, 1911-1913/ 1913-1915/ 1945-1947 → Presidente de la República designado, 1951-1953	
Mariano Ospina Pérez (c)	Ingeniero de Minas	→ Ministro de Obras Públicas, 1926-1930 → Concejal de Bogotá, 1937-1939/ 1945-1947 → Presidente de la República, 1946-1950	→ Ospinas & Cía.
Rafael Delgado Barreneche (c)		→ Concejal de Bogotá, 1947-1949**	
Laureano Gómez (c)	Abogado	→ Ministro de Obras Públicas, 1925-1926 → Concejal de Bogotá, 1917-1919/ 1933-1935 → Presidente de la República, 1950-1951	

* En este apartado se enumeran exclusivamente los cargos que tenían injerencia directa sobre el desarrollo urbano capitalino.

** El período 1947-1949 fue interrumpido precisamente por los sucesos del 9 de abril de 1948.

(l) liberal

(c) conservador

Tabla III. CONCEJALES DE BOGOTÁ ENTRE 1945 Y 1947 DISCRIMINADOS SEGÚN CARGOS EJERCIDOS EN LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Nombre	Cargos en la administración pública bogotana*
Germán Zea Hernández	→ Alcalde de Bogotá, 1938-1941 → Concejal de Bogotá, 1937-1939/1941-1943/1945-1947
Eduardo Cuéllar	→ Concejal de Bogotá, 1945-1947
Juan Pablo Llinás	→ Alcalde de Bogotá, 1945 → Concejal de Bogotá, 1945-1947
Efraím Cañavera	→ Concejal de Bogotá, 1941-1943/ 1943-1945/ 1945-1947/1947-1949

* En este apartado se enumeran exclusivamente los cargos que tenían injerencia directa sobre el desarrollo urbano capitalino.